

DEL MIEDO AL AMOR José Antonio Pagola

6 Pascua – B (Juan 15,9-17). 2024.

No se trata de una frase más. Este mandato, cargado de misterio y de promesa, es la clave del cristianismo: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor». **Estamos tocando aquí el corazón mismo de la fe cristiana, el criterio último para discernir su verdad.** Únicamente «permaneciendo en el amor» podemos caminar en la verdadera dirección. **Olvidar este amor es perdernos, entrar por caminos no cristianos, deformarlo todo, desvirtuar el cristianismo desde su raíz.**

Y, sin embargo, **no siempre hemos permanecido en este amor.** En la vida de **bastantes cristianos ha habido y hay todavía demasiado temor, demasiada falta de confianza filial en Dios.** La predicación que ha alimentado a esos cristianos ha olvidado demasiado el amor de Dios, ahogando así aquella alegría inicial, viva y contagiosa que tuvo el cristianismo.

Aquello que un día fue «Buena Noticia», porque anunciaba a las gentes «el amor insondable» de Dios, se ha convertido para bastantes en la mala noticia de un Dios amenazador, que es rechazado casi instintivamente porque no deja ser ni vivir.

Sin embargo, la fe cristiana solo puede ser vivida, sin traicionar su esencia, como experiencia positiva, confiada y gozosa. Por eso, **en este momento en que muchos abandonan un determinado «cristianismo» –el único que conocen–, hemos de preguntarnos si, en la gestación de este abandono, y junto a otros factores, no se esconde una reacción colectiva contra un anuncio de Dios poco fiel al evangelio.**

La aceptación de Dios o su rechazo se juega, en gran parte, en el modo en que lo sentimos de cara a nosotros. **Si lo percibimos solo como vigilante implacable de nuestra conducta haremos cualquier cosa para rehuirlo. Si lo experimentamos como amigo que impulsa nuestra vida, lo buscaremos con gozo.** Por eso, uno de los servicios más grandes que **la Iglesia puede hacer al ser humano es ayudarle a pasar del miedo al amor de Dios.**

Sin duda **hay un temor a Dios que es sano y fecundo.** La Escritura lo considera «el comienzo de la sabiduría». Es el temor a malograr nuestra vida cerrándonos a él. Un temor que **despierta a la persona de la superficialidad y le hace volver hacia Dios.** **Pero hay un miedo a Dios que es malo. No acerca a Dios. Al contrario, aleja cada vez más de él.** Es un miedo que **deforma el verdadero ser de Dios, haciéndolo inhumano.** Un miedo dañoso, sin fundamento real, que ahoga la vida y el crecimiento sano de la persona.

Para muchos, este puede ser el cambio decisivo. **Pasar del miedo a Dios, que no engendra sino rechazo más o menos disimulado, a una confianza en él que hace brotar en nosotros esa alegría prometida por Jesús: «Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a la plenitud».**